

Díjesele á mi madre claramente, y como no estaba menos sentida que yo de ver lo mal que me habia recibido mi pais, no se opuso á mi resolucion. Solo se trató del modo de portarme con ella en adelante.—Madre, le dije: ya que vd. no puede abandonar á mi tio, no debo insistir en que se venga vd. conmigo; pero como segun todas las señales, no puede estar muy distante el fin de sus dias, deme vd. palabra de venir á vivir en mi compañía luego que él fallezca.

—Esa palabra, hijo mio, no te la daré; yo quiero pasar en Asturias los pocos dias que me quedan de vida, y con total independencia.—Pues qué, señora, le repliqué: ¿no será vd. dueña absoluta en mi casa?—No lo sé, hijo mio, me respondió: tal vez te enamorarás de alguna niña linda, y te casarás con ella; será mi nuera, yo su suegra, y no podremos vivir juntas.—Vd., le dije, prevee los disgustos muy de lejos. Por ahora no pienso en casarme; pero si en algun tiempo tuviese esta idea, esté vd. cierta de que mandaré á mi muger que en todo y por todo esté sujeta á la voluntad de vd.—Te obligas temerariamente á una cosa, repuso mi madre, que nunca podrás cumplir; antes bien no me atreveria yo á afirmar que si entre la suegra y la nuera ocurriesen algunas desazones, no te declarases á favor de tu muger antes que al mio, por grande que fuese su sinrazon.

—Señora, habla vd. como un oráculo, dijo mi secretario metiéndose en la conversacion; yo pienso como vd., que las nueras dóciles son muy contadas. Así, pues, para que vd. y mi amo queden contentos, ya que quiere vd. decididamente permanecer en las Asturias y él en el reino de Valencia, será menester que le señale una renta anual de cien doblones que yo me encargo de traer aquí todos los años, y por este medio la madre y el hijo estarán muy satisfechos uno de otro á doscientas leguas de distancia. Aprobaron el convenio las dos partes interesadas, y yo desde luego pagué adelantado el primer año, y salí de Oviedo al dia siguiente antes de amanecer, por miedo de que el populacho no me tratara como á San Estévan. Tal fué el recibimiento que se me hizo en mi patria. Admirable leccion para aquellas personas de humilde nacimiento, que, habiendo enriquecido fuera de su pais, quieren volver á él para hacer de personas de importancia.



## CAPÍTULO III.

Toma Gil Blas el camino del reino de Valencia, y llega en fin á Liria: descripcion de su Quinta: cómo fué recibido en ella, y qué gentes encontró allí.



OMAMOS el camino de Leon, despues el de Palencia, y siguiendo nuestro viage á cortas jornadas, llegamos al cabo de veinte dias á Segorve, y al dia siguiente por la mañana entramos en mi quinta, que solo dista cinco leguas de aquella ciudad. Advertí que, conforme nos íbamos acercando, mi secretario observaba con la mayor atencion todas las quintas que á diestra y siniestra se le ofrecian á la vista. Luego que descubria alguna de grande apariencia, me decia enseñándomela con el dedo: —Me alegrara que fuera aquel nuestro retiro.

—No sé, amigo mio, le dije, qué idea te has formado de nuestra morada; pero si te la figuras como una casa magnífica, como la hacienda de un gran señor, desde luego te digo que estás muy equivocado. Si no quieres que tu imaginacion se ria despues de tí, represéntate aquella casa campestre que Mecenas regaló á Horacio, situada en el pais de los Sabinos cerca de Tívoli. Haz cuenta que Don Alfonso me ha hecho un regalo muy semejante á aquel.—Segun eso, replicó Escipion, solo debo esperar que tendremos por albergue una cabaña.—Acuérdate, repuse yo, que siempre te hice una descripcion muy modesta de ella; y si quieres juzgar por tí mismo de la fidelidad de mi pintura, vuelve la vista hácia el rio Guadalaviar, y mira sobre su orilla, junto aquella aldehuela de nueve á diez casas, aquella que tiene cuatro torrecillas, que esa es mi quinta.

—¡Díante! exclamó entonces asombrado mi secretario: aquel edificio es una preciosidad. Ademas del aspecto de nobleza que le dan sus torrecillas, puede añadirse que está bien situado, bien construido y rodea-

do de cercanías mas deliciosas que los contornos de Sevilla, llamados por excelencia el paraíso terrenal. El sitio no podía ser mas de mi gusto aunque nosotros mismos le hubiéramos escogido. Riégale un río con sus aguas, y un espeso bosque está brindando con su sombra al que quiera pasearse aun en la mitad del día.—¡Oh, qué amable soledad! ¡Ah mi querido amo! todas las trazas son de que permaneceremos en él largo tiempo.—Me alegro mucho, le respondí, de que te agrade tanto nuestro retiro, del cual aun no conoces todas las conveniencias.

Divertidos en esta conversacion, llegamos finalmente á la casa, cuyas puertas nos fueron abiertas al punto que dijo Escipion era el Señor Gil Blas de Santillana, que iba á tomar posesion de su quinta. Al oír el nombre tan respetable para aquellas gentes, dejaron entrar la silla en un espacioso patio, donde al punto me apeé; apoyándome gravemente de Escipion y haciendo de personage, pasé á una sala, en la que inmediatamente se me presentaron siete ú ocho criados, diciendo que venian á ofrecerme sus reverentes obsequios, como á su nuevo señor, habiéndolos Don César y don Alfonso escogido para que me sirviesen, uno de cocinero, otro de ayudante de cocina, otro de pinche de la misma, otro de portero, y los demas de lacayos, con prohibicion á todos de recibir de mí salario alguno, porque aquellos señores querian corriesen de su cuenta todos los gastos de mi casa. El principal de estos criados, y que como tal llevaba la palabra, era el cocinero, el cual se llamaba maestro Joaquin. Díjome habia hecho una buena provision de los mejores vinos de España, y que por lo tocante al aderezo de la comida, habiendo tenido el honor de servir por espacio de seis años en la cocina del Sr. Arzobispo de Valencia, esperaba componer unos platos que escitasen mi apetito.—Voy á disponerme, añadió, para dar á V. S. una prueba de mi habilidad. Mientras llega la hora de comer, podrá V. S. dar un paseo y visitar su quinta para reconocer si se halla en estado de ser habitada por V. S.

Ya se puede considerar que yo no dejaria de hacer esta visita: y Escipion, aun mas curioso de hacerla que yo, me fué conduciendo de pieza en pieza: recorrimos toda la casa de arriba abajo, sin que ningun rincón se escapase á nuestra curiosidad, por lo menos así nos lo pareció; y por todas partes hallé motivo para admirar la gran bondad que Don César y su hijo tenian para conmigo. Entre otras cosas, llamaron mi atencion dos aposentos adornados con unos muebles, que, sin llegar á ser magníficos, eran de buen gusto. Estaba el uno colgado de tapicería de los Países-Bajos, y en él una cama y sillas cubiertas de terciopelo, todo bien conservado, á pesar de haberse hecho en tiempo que los moros ocupaban el reino de Valencia. De igual gusto eran los muebles del otro aposento: cubria sus paredes una colgadura antigua de damasco geno-



vés de color de caña, con una cama y sillas de la misma tela, guarnecidas de franjas de seda azul. Todos estos efectos, que en un inventario hubieran sido poco apreciables, parecian allí ostentosos.

Despues de haber ecsaminado bien todas las cosas, mi secretario y yo volvimos á la sala, en que estaba ya puesta una mesa con dos cubiertos. Sentámonos á ella, y al punto se nos sirvió una olla podrida tan delicada que nos dió lástima de que el arzobispo de Valencia no tuviese ya al cocinero que la habia sazonado. Verdad es que teniamos buenas ganas, y esto contribuía á que no nos supiese mal. Á cada bocado que comiamos, los lacayos de nueva fecha nos presentaban unos grandes vasos que llenaban hasta el borde de un vino rico de la Mancha. No atreviéndose Escipion á dejar ver delante de ellos la satisfaccion interior que experimentaba, me la daba á entender con miradas espresivas, y yo le manifestaba con las mias que estaba tan contento como él. Un plato de asado, compuesto de dos codornices gordas que acompañaban á un lebratillo de esquisito gusto, nos hizo dejar la olla podrida, y acabó de saciarnos. Luego que hubimos comido como dos hambrientos y bebido á proporcion, nos levantamos de la mesa para ir al jardin á dormir voluptuosamente la siesta en algun sitio fresco y agradable.

Si mi secretario se habia mostrado hasta entonces muy satisfecho de cuanto habia visto, aun lo quedó mas cuando vió el jardin, que le pareció comparable con el Parterre del Escorial. Bien es verdad que Don César, que de cuando en cuando venia á Liria, tenia gusto en hacerlo cultivar y hermosear. Todas las calles estaban bien cubiertas de arena, y enfiladas de naranjos: un gran estanque de mármol blanco, en cuyo centro un leon de bronce arrojaba copiosos chorros de agua, la hermosura de las flores y la diversidad de frutas, todos estos objetos embelesaron á Escipion; pero lo que mas le encantó fué una prolongada calle de árboles que bajaba en declive continuado hasta la habitacion del arrendatario, cubierta con el espeso follage de unos frondosos árboles. Haciendo el elogio de un sitio tan á propósito para preservarse del calor, nos detuvimos en él y nos sentamos al pié de un olmo, á donde el sueño acudió presto á apoderarse de dos hombres algo alegrillos que acababan de comer bien.

Dos horas despues despertamos despavoridos al ruido de muchos escopetazos disparados tan cerca de nosotros, que nos asustaron. Levantámonos precipitadamente; y para informarnos de lo que era, fuimos á la casa del arrendatario, y allí encontramos ocho ó diez aldeanos, todos vecinos del lugar, que disparaban y quitaban el orin de sus escopetas para celebrar mi venida que acababan de saber. La mayor parte de ellos me conocia ya por haberme visto algunas veces en aquella quinta

ejercer el empleo de mayordomo. Apenas me vieron, gritaron todos á un mismo tiempo: ¡Viva nuestro nuevo señor! ¡Sea bien venido á Liria! Diciendo esto volvieron á cargar sus escopetas, y me obsequiaron con una descarga general. Recibilos con el mayor agrado que me fué posible, pero guardando siempre gravedad, porque no me pareció conveniente familiarizarme demasiado con ellos. Ofrecíles mi proteccion y les dí ademas como unos veinte doblones, espresion que, segun creo, no fué la que menos les agradó. Retiréme despues con mi secretario, dejándoles la libertad de echar todavía mas pólvora al aire, y nos fuimos al bosque, en donde nos estuvimos paseando hasta la noche, ~~que~~ nos cansase la vista de los árboles; tanto nos embelesaba el gusto de vernos en nuestra nueva posesion.

Durante nuestro paseo no estaban ociosos el cocinero, su ayudante, ni el galopin. Ocupábanse todos tres en disponernos una cena superior á la comida; tanto que, cuando volvimos del paseo, y entramos en la sala donde habiamos comido, quedamos muy admirados de ver poner en la mesa cuatro perdigones asados, un guisado de conejo á un lado, y un capon en pepitoria al otro, sirviendo despues de intermedio orejas de puerco, pollos en escabeche, y crema de chocolate. Bebimos abundantemente vino de Lucena y otros muchos escelentes. Cuando conocimos que ya no podiamos beber mas sin esponer nuestra salud, pensamos en irnos á acostar. Mis criados tomaron entonces luces y me condujeron al mejor cuarto, en donde me desnudaron con mucha oficiosidad; pero luego que me dieron mi bata de noche y mi gorro de dormir, los despedí diciéndoles en tono de amo:—Retiraos, que ya no os necesito para lo demas.

Habiéndolos despachado á todos, me quedé solo con Escipion para conversar un poco con él. Preguntéle qué juicio formaba del trato que se me daba por orden de los señores de Leiva.—Por vida mia, me respondió, que me parece no puede dárseos mejor, y solamente deseo que esto dure mucho.—Pues yo no lo deseo, le repliqué: no debó permitir que mis bienhechores hagan tantos gastos por mí, porque esto seria abusar de su generosidad. Fuera de eso, tampoco me acomoda servirme de criados asalariados por otro, porque creeria no hallarme en mi casa. Á todo esto se añade, que yo no me he retirado aquí para vivir con tanto aparato. ¿Qué necesidad tenemos de tantos criados? Bástanos Beltran, un cocinero, un mozo de cocina y un lacayo. Sin embargo de que á mi secretario no le pesaria vivir siempre á costa del gobernador de Valencia, no se opuso á mi delicadeza en este punto, antes bien, conformándose con mi dictámen, aprobó la reforma que yo queria hacer. Decidido esto, se salió él de mi cuarto para retirarse al suyo.



## CAPÍTULO IV.

Marcha Gil Blas á Valencia y visita á los señores de Leiva; de la conversacion que tuvo con ellos, y de la buena acogida que le hizo Doña Serafina.



CABÉ de desnudarme y me acosté; pero viendo que no podia quedarme dormido, me abandoné á mis reflexiones. Se me representó la generosidad con que los señores de Leiva pagaban la inclinacion que yo les tenia, y sumamente agradecido á las nuevas señales que de ello me daban, resolví marchar el dia siguiente á visitarlos para satisfacer la impaciencia que tenia de manifestarles mi gratitud. Ya me complacia anticipadamente la idea de volver á ver pronto á Serafina; pero este placer no era del todo completo, porque no podia pensar sin pesadumbre en que al mismo tiempo tenia que soportar la presencia de la señora Lorenza Séfora, que pudiéndose acordar todavía del lance del bofetón, no se alegraria mucho de verme. Cansada la imaginacion con todas estas especies, me quedé finalmente dormido, y no desperté hasta que empezó á dejarse ver el sol.

Me levanté con prontitud, y enteramente puesto el pensamiento en el viage que meditaba, tardé poco en vestirme. Al acabar entró mi secretario en mi cuarto.—Escipion, le dije, aquí tienes á un hombre que se dispone para ir á Valencia. No puedo menos de ir inmediatamente á visitar á unos señores á quienes debo mi buena fortuna; y cada instante de tardanza en el cumplimiento de este deber, parece acusarme de ingratitud. Ahí, amigo mio, te dispense de acompañarme; quédate aquí durante mi ausencia, que no pasará de ocho dias.—Id, Señor, respondió, y cumplid con Don Alfonso y su padre, que me parece agradecen el celo que se les manifiesta, y que están muy reconocidos á los servicios

que se les han hecho: son tan raras las personas distinguidas que tienen ese carácter, que no están por demas cualesquiera consideraciones que se les manifiesten. Dí orden á Beltran para que se dispusiese á partir, y mientras que él preparaba las mulas, tomé yo chocolate. En seguida monté en mi silla, dejando mandado á mis criados que mirasen á mi secretario como á mi misma persona, y que obedeciesen sus órdenes como las mías.

En menos de cuatro horas llegué á Valencia, y fuí en derechura á apearme á las caballerizas del gobernador. Dejando allí mi carruage, hice me condujesen al cuarto de este señor, en donde se hallaba de sazón con su padre Don César. Abrí sin ceremonia la puerta, y acercándome á los dos:—Los criados, les dije, no envian recado delante para presentarse á sus amos; aquí está un antiguo criado de vuestras señorías que viene á ofrecerles sus respetos. Diciendo esto quise arrodillarme en su presencia; pero ellos no lo permitieron y ambos me estrecharon entre sus brazos con todas las demostraciones de una verdadera amistad.—¿Y bien, mi querido Santillana, me dijo Don Alfonso, has ido ya á Liria á tomar posesion de tu hacienda?—Sí señor, le respondí, y suplico á V. S. se sirva permitirme que se la devuelva.—¿Pues por qué? me replicó: ¿Has encontrado en ella alguna cosa que no te acomode?—Nada de eso, respondí: por lo que toca á la posesion me agrada infinito; pero lo que no me acomoda es, tener en ella cocineros de arzobispo, y tres veces mas criados de los que he menester, ocasionando á V. S. un gasto tan crecido como superfluo.

—Si hubieras aceptado, dijo Don César, la pension de dos mil ducados que te ofrecimos en Madrid, nos hubiéramos limitado á regalarte esa quinta alhajada como está; pero no habiéndola tú querido admitir, nos pareció que en recompensa debiamos hacer lo que hicimos.—Eso es demasiado, le respondí; basta que V. SS. me favorezcan solamente con la hacienda, que es suficiente para colmar todos mis deseos. Ademas de lo mucho que cuesta á V. SS. mantener tanta gente, aseguro que una familia tan numerosa me incomoda, y me causa gran sujecion. En suma, señores, añadí, ó V. SS. recobren su finca, ó dignense dejármela gozar á mi modo. Pronuncié estas últimas palabras con tanta entereza, que padre é hijo, que de ningun modo querian violentarme, me permitieron al fin disponer de la quinta como mejor me pareciese.

Les repetia mil gracias por haberme concedido esta libertad, sin la cual yo no podia ser dichoso, cuando Don Alfonso me interrumpió diciendo:—Mi querido Gil Blas, quiero presentarte á una dama, que tendrá singular gusto de verte; y hablando de este modo, me tomó de la mano y me condujo al cuarto de Serafina, la cual así que me vió pro-

rumpió en un grito de alegría.—Señora, le dijo el gobernador, creo que la llegada de nuestro amigo Santillana á Valencia, no os será menos gustosa que á mí.—De eso, respondió ella, el mismo Santillana debe estar muy persuadido. No ha sido capaz el tiempo de borrar de mi memoria el favor que me hizo, y añado al agradecimiento que me merece, el que debo á un hombre á quien vos sois deudor. Respondí á mi señora la gobernadora, que me consideraba mas que suficientemente pagado del peligro que yo habia corrido juntamente con los demas que me ayudaron á librarla, esponiendo mi vida por conservar la suya; y despues de muchos cumplimientos recíprocos, Don Alfonso me sacó fuera del cuarto de Serafina, y fuimos á reunirnos con Don César, á quien hallamos en una sala acompañado de muchos caballeros, que estaban aquel dia convidados á comer.

Saludáronme todos con mucha cortesanía, y me hicieron tantos mas acatamientos, cuanto que supieron por Don César, que yo habia sido uno de los principales secretarios del duque de Lerma. Y aun quizá no ignoraria la mayor parte de ellos que Don Alfonso habia obtenido á influjo mio el gobierno de Valencia, porque al cabo todo se llega á saber. Como quiera que sea, desde que nos sentamos á la mesa solo se habló del nuevo cardenal; unos hacian ó aparentaban hacer grandes elogios de él, y otros le ensalzaban, pero entre dientes, y como se suele decir, con la boca chica. Luego conocí que con esto querian incitarme á que hablase estensamente sobre su eminencia y que les divirtiese á costa suya. De buena gana hubiera dicho lo que pensaba de él; pero contuve la lengua, lo que me hizo pasar en el concepto de aquellos caballeros por un mozo muy discreto.

Concluida la comida, se retiraron los convidados á sus casas á dormir la siesta. Don César y su hijo, instados del mismo deseo, se encerraron en sus cuartos. Yo lleno de impaciencia por ver cuanto antes una ciudad que tanto habia oido alabar, salí del palacio del gobernador con ánimo de pasear las calles. Encontré á la puerta un hombre que se acercó á mí, y me dijo:—¿Me dará licencia el Señor de Santillana para que le salude?—Preguntéle quien era, y me respondió:—Soy el ayuda de cámara del señor Don César, y era uno de sus lacayos cuando su merced estaba de mayordomo de la casa. Todas las mañanas iba al cuarto de su merced, que siempre me hacia mil favores, y le informaba de todo lo que pasaba en casa. ¿No se acuerda su merced que un dia le dije que el cirujano de la aldea de Leiva entraba secretamente en el cuarto de la señora Lorenza Séfora?—De eso me acuerdo muy bien, le respondí; y ahora que se habla de esa dueña, ¿qué se ha hecho?—¡Ah! repuso él, luego que su merced se ausentó, la pobre muger cayó mala

de pasión de ánimo, y al cabo murió mas llorada del ama que del amo.

Después que el ayuda de cámara me informó del triste fin de Séfora, me pidió perdón de lo que me había detenido, y me dejó proseguir mi camino. No pude menos de suspirar, acordándome de aquella desdichada dueña; y compadeciéndome de su suerte me echaba la culpa de su desgracia, sin pensar que debía atribuirse mas bien á su cáncer que al mérito mio de que se había prendado.

Observaba con gusto todo lo que parecía digno de ser notado en la ciudad. El Palacio Arzobispal entretuvo agradablemente mi vista, y lo mismo los hermosos pórticos de la lonja; pero lo que me llevó toda la atención fué una gran casa que ví á lo lejos, en la cual entraba mucha gente. Acerquéme á ella para saber por qué acudía allí un concurso tan crecido de hombres y mugeres, y presto salí de mi curiosidad, leyendo estas palabras escritas con letras de oro en una lápida de mármol negro que estaba sobre la puerta: *Posada de los Representantes*. Leí tambien los carteles, en los cuales los cómicos ofrecían por la primera vez aquel dia la representación de una tragedia nueva de D. Gabriel Triaquero.



## CAPÍTULO V.

Va Gil Blas á la comedia, y ve representar una tragedia nueva: qué écsito tuvo la pieza.  
Carácter del pueblo de Valencia.



**D**ETÚVEME algunos momentos á la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban, y habíalas de todas calidades. Ví caballeros de buena traza y ricamente vestidos, y gentualla de tan mala catadura como trage. Ví varias señoras de título que se apeaban de sus coches para ir á ocupar los aposentos que habían mandado tomar, y algunas aventureras que iban á caza de mentecatos. Este confuso tropel de toda clase de espectadores, me inspiró el deseo de aumentar su número. Ya me disponía á tomar billete, cuando el gobernador y su esposa llegaron. Reconociéronme entre la muchedumbre, y habiéndome mandado llamar, me llevaron á su palco en donde me senté detras de los dos, de modo que podía hablar cómodamente con ambos. Estaba el salon lleno de gente de alto á bajo, el patio muy apiñado, y la luneta llena de caballeros de las tres órdenes militares.—¡Grande entrada! dije á Don Alfonso. No hay que admirarse de eso, me respondió, porque la tragedia que se va á representar está compuesta por Don Gabriel Triaquero, apellidado *el poeta de moda*. Cuando los carteles de los cómicos anuncian alguna nueva composición suya, toda la ciudad de Valencia se pone en movimiento: hombres y mugeres no saben hablar de otra cosa: todos los palcos se abonan; y el dia de la primera representación se estropean las gentes á la puerta por entrar, siendo así que se dobla el precio, exceptuando únicamente el del patio, á quien siempre se respeta demasiado, por temor de que se altere.—Sin duda, dije entonces al gobernador, que esa viva curiosidad del público, esa furiosa impaciencia que